

En la otra punta de la calle, ya cerca de la ribera del lago, había un pequeño cottage cubierto de hiedra y sombreado por los retorcidos nogales y los viejos naranjos. Parecía que estaba abandonado, pero vivía allí un vecino por todos motivos singular e inolvidable: Bela Lugosi, el Conde Drácula. Pasaba por aquel entonces un eclipse del que no saldría hasta pasados unos años, cuando ya se había generalizado la televisión y resucitaron sus viejas películas. A unos metros de esa casa estaba de interno su hijo de igual nombre, que introducía entre nosotros, en la vida ordenada militarmente, el elemento terrorífico y misterioso, dando lugar a bromas de mal gusto acerca de su papá...: Does he sleep in a coffin the old bloodsucker?, etcétera... De la vida de interno pongo solamente lo más memorable. Seguí el precepto de Gracián. Hablé primero con los vivos y durante las primeras seis semanas de mi estancia allí aprendí el idioma, y hasta ahora el inglés ha sido mi segunda lengua. En algunas circunstancias de mi vida, a lo largo de los años que han pasado, en momentos difíciles y gloriosos, la primera. Durante el primer año me dediqué a los negocios. Con el billete que mi papá me había puesto en el compartimento secreto de la billetera y

asociado con mi compañero de cuarto, un tal Friedman, fundé un banco usurario que retenía prendas en garantía y mediante el consabido IOU cobraba 25 por ciento de intereses semanalmente con aumento por saldos insolutos hasta el rescate total de la prenda empeñada. El honor militar obligaba al pago puntual. Pero al fin nuestra empresa fue intervenida y expropiada. Friedman fue mudado a otro cuarto y allí quedó la cosa. Salimos a mano, más o menos. Durante las primeras vacaciones de verano que pasé en México, me inicié en las artes carnales con la recamarera Irene y a mi regreso a Los Ángeles para el segundo curso en el otoño, me detuve en la librería que estaba en Pershing Square. Compré Van Nostrand's Scientific and Technical Encyclopedia y una edición en inglés de la Psychopathia Sexualis. Ansiaba saberlo todo... El célebre manual del Profesor Krafft-Ebing iba noche a noche de cuarto en cuarto y de mano en mano a razón de two bits la noche con derecho a traducción de las locuciones latinas, lo que se me facilitaba por el español *secretis vaginae suae ad membrum viri so that the dog, attracted by the smell, membrum quoque lambebat*. Hasta que no fue descubierto, decomisado y hecho desaparecer como por arte de magia, me rindió

buenas ganancias y mis clientes no me delataron. Tres años habían pasado sin que mi vocación para las armas despertara más que muy débilmente. Me conformaba con el orden y la disciplina que, contrariamente a lo que todos creen, eximen de todo esfuerzo individual; las marchas forzadas, las paradas de gala, los ejercicios ecuestres, las rondas nocturnas de guardia y los deportes obligatorios lejos de templar el espíritu lo disolvían en una rutina automática y sin gracia. Fui buen tirador y le tenía un cierto afecto a mi rifle, que podía desarmar, limpiar y volver a armar con los ojos vendados. Todavía recuerdo el número de serie con que estaba registrado en la Armería Nacional de Springfield el que me tocó el último año: 1005740013075. De la vida en ENMS pongo lo más memorable, casi todo lo cual pasó durante mi último año allí. Al poco tiempo de haber comenzado el año escolar –debe de haber sido en septiembre u octubre– ocurrió un hecho extraordinario que me valió mi primer ascenso y que si no se hubiera producido delante de mí me hubiera mantenido en la condición de cadete raso sin obtener siquiera el grado más bajo del escalafón: PFC, soldado de primera clase. Estando de guardia una noche, mientras hacía la ronda

detrás del ala de los salones de clase, hacia los gallineros y ya cerca de las barracas de los mexicanos me llamó la atención el sonido de una guitarra con la que se acompañaba en voz de falsete una lánguida y triste canción mexicana... Yo sé que nunca... Las luces de una barraca estaban encendidas pero todo estaba sin novedad. Debe de haber sido cerca de la medianoche cuando hice la contrarronda. La voz que cantaba se había callado y las luces de la barraca se habían apagado. Oí un tronido como de madera que se raja y en menos tiempo del que me toma escribirlo un extremo de los gallineros estaba envuelto en llamas. El fuego aumentaba y avanzaba a gran velocidad. Durante unos segundos no supe qué hacer primero, si tocar el silbato o dar la voz de alarma. Toqué el silbato y me fui corriendo hacia los bungalows de los profesores. Fire! Fire!, grité, luego fui hacia las barracas de los braceros y grité en español ¡Fuego! ¡Fuego! Volví a sonar el silbato. Vi, como quien ve su propio reflejo en una vidriera, pasar una silueta, pero no me detuve a investigar. Me fui corriendo hacia el edificio central por el campo de parada gritando Fire! Fire! y tocando la señal de alarma en mi silbato. Las gallinas son material altamente inflamable

y combustible. Dos horas más tarde no quedaba nada de los gallineros más grandes al oeste de las Montañas Rocallosas. Al día siguiente hubo asueto y pudimos dormir hasta media mañana. Por la tarde, durante la retreta, se anunció mi ascenso a PFC. Por fortuna nos dieron de cenar corned beef hash porque el olor de plumas quemadas y de pollo rostizado, que me recordaban el Knott's Berry Farm, persistió en todo el Valle de Elsinore durante mucho tiempo. De hecho, hasta que llegó la fiesta del Día de Gracias, último jueves de noviembre, que iría a pasar a Pasadena en casa de mi amigo Fred.